



3

EN NÚMEROS ARÁBIGOS

3

EN NÚMEROS ARÁBIGOS



JOSE GAMIA SUNDAY



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: septiembre de 2026

Depósito legal: SE 3823-2026

ISBN: 979-13-7067-050-4

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Jose Gamia Sunday

© Ilustración de portada: Octavio Martínez

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Y, él pretendió ser tres
la deriva natural de dos.
Al perderlo todo, creo tres visiones de sí mismo.
Nacidos de la constancia y la resiliencia.

*EL LIBRO
MÁS BUSCADO*

Se busca un libro. Se busca desesperadamente. El libro en cuestión está guardado en una caja de sueños que, como la caja de Pandora, no solo guarda papeles y letras con más o menos sentido, algo de desesperación, mucho de decepción y mucho de resignación. Se busca por los cuatro puntos cardinales, no se sabe quién con exactitud lo busca. Los rumores dicen que lo buscan los guardianes del karma, o que quizás lo buscan los vendedores de fábulas o los contadores de cuentos. Cuentos contados a través de otras cajas, estas no de Pandora, ya que la infamia, la mentira, la tortura, la maldad infinita hace tiempo que salió de la caja de Pandora para ser parte del día a día. Del escritor no se sabe nada, se cree que era un personaje misterioso, algo taciturno y solitario. Se pensaba que estaba loco, que su mal, su pecado, era no gustarle gran parte de la humanidad. Esos otros que compartían su tiempo con él, y para evitar mimetizar ese malestar que sentía al relacionarse con estos, optó por la soledad y la contemplación. Cuál era la naturaleza del mal, se preguntaba cada día este solitario escritor huido de la humanidad. Las respuestas eran variadas, sin llegar a una conclusión clara después de reflexionar mucho. El significado del mal sería eso más allá de lo contrario al bien. Todo eso que se aparta de lo lícito, lo honesto, pensó. Pero esto no describía el mal que tiempo atrás guardado en esa caja de Pandora que ahora ocupaba el libro más buscado. Se antojaba algo mucho más siniestro que su libro, se dijo mientras contemplaba las estrellas bajo la negra noche. Algo que nos resulta perjudicial y nos causaba sufrimiento. Esto se dijo, no definía con claridad qué era exactamente este mal que arrastraba este escritor del libro más buscado.

Pensó que quizás había un mal organizado. Uno que, quizás, no era más que una profesión, la profesión de la maldad sistemática, de ese tipo de mal que nace al parasitar a otro ser. Quizás pensó que su libro no era más que una excusa para alimentar a ese mal que no dejaba de buscarle, tanto o más como buscaban ese libro que una vez guardó en la caja de donde el mal una vez habitó. Pero qué era la naturaleza de ese mal, pensó, de qué se componía esa insana obsesión por su libro. Se dijo que a veces el origen es básicamente una enfermedad mental, pero una enfermedad que afecta a un grupo, donde todos padecen la misma enfermedad, o quizás era parte de alguna frustración o una causa más allá del escritor como el sufrimiento personal que se proyecta a otros. El escritor dudaba, quizás era la falta de un modelo válido. O la imitación de modelos tóxicos. Nada es casual. Todo está meticulosamente organizado, redactado y desplegado en las vidas de esos otros que nuestro escritor no toleraba en las distancias cortas pero que, de lejos, los observaba impasible. Pero los rumores de sus quehaceres llegan a él como un alarido que rompía ese tenue tejido de la realidad, que emanaba del entorno todos los días. Algo que el escritor evitaba en lo que podía mediante la contemplación. Pero la naturaleza del mal no dejaba de observarle entre la multitud, y él no dejaba de sentirlo en su entorno, como el mal intentaba prenderse de él, cuartando su día a día, para que no olvidara de que ese libro guardado en esa caja mitológica, era buscado. Por ese maldito ente que parasitaba en él, y en todos. Algunos no lo notaban, o quizás ignoraban su existencia, pero no requería mucha visión para darse cuenta de que ese mal era la norma de una realidad compartida y aparentemente objetiva.

Realidad que otras cajas eléctricas presentaban para inducir a todos en parte de esa enfermedad de grupos que el mal suponía por momentos. El escritor conocía el lema positivista creado por los trabajadores del karma. Decían básicamente que uno no iba a sitio muy lejos, pero con otros llegabas mas lejos. Pero no pre-

guntaban el parecer del viajante. En este caso de nuestro escritor del libro más buscado, él sabía ya todos los senderos reservados para él. Senderos que solo apuntaban a un final medianamente digno. Algo que no acababa de entender los parásitos, que mejor solo que vivir sin dignidad. Que el problema no es la vergüenza al exponerse a esa humanidad, pero el que no tiene ese difuso sentido que supone el pudor, era para el escritor una víctima más de esa misma maldad que, disfrazada de bondad, lleva al enajenado sinvergüenza a ese final ya anunciado por ese mal que una vez habitó en esa caja mitológica. Pero la naturaleza del mal seguía preocupando al escritor del libro más buscado, que observaba el mal desde la objetividad de los que lo analizan. Y buscando en las catacumbas del saber, el mal filosófico se describía como una carencia de algo, una privación, es también un mal metafísico, el principal, el inevitable, el que hace posible que exista el mal moral y el mal físico. Donde la moralidad es en base a la culpa, así como al pecado, donde el mal físico es el dolor y el sufrimiento. Era algo desolador cómo la maldad era considerada filosóficamente, ya que se situaba en una objetividad donde no se siente, no se sufre y nada parece concretarse en nada más que la retórica que describe el fenómeno. El escritor pensó sobre lo bonito y fantástico si la maldad se reduciría a un vago pensamiento más allá del dolor interior.

Y ese otro dolor que observamos cada día, que nos dice que algo existe, aunque no sepamos por qué ni quiénes la ejercen. Esta maldad puede ser recurrente en la aplicación de valores, donde el valor supremo es afectar al prójimo de tal manera que este se sienta subyugado por esa maldad. Algo que le induzca a pensar que eso era lo que estaba en la base de la culpa, la falta de moralidad. ¿Pero qué era la moral en la cotidianidad del día a día? cómo esta se aplicaba. O era relevante para quizás ser atrapado en ese libro más buscado. Libro que guardado bajo llave en una caja que una vez guardó el mal más determinante. El escritor era consciente

que el mal en el siglo XXI estaba en constante transformación, y de manera significativa en una constante influencia de diversos factores. La sociedad, todos esos que el escritor no toleraba. Esos que le indujeron a vivir en un no vivir, había a su parecer generado un intercambio cultural sin precedentes. Un fenómeno que ha resultado en una diversa perspectiva ética, donde las diferencias a menudo chocan y convergen. Esto pensaba el escritor había hecho de la moral algo ambiguo donde las líneas entre lo correcto se vuelven difusas. La capacidad de manipular la realidad, dándonos un relato del mismo, donde ese nutrido grupo de gentes en cada momento se abandonaban.

Algo que planteaba preguntas sobre los límites morales. Ya éramos más conscientes de las injusticias, de la desigualdad en todas partes, las violaciones de derechos humanos, la corrupción y esos problemas mentales que estaban quizás en la base de esa maldad que ejerce el grupo al parasitar al prójimo sin el menor sentido de cometer algo ilegal, algo que afectaba de manera profana las vidas de otros.

El escritor sabía esto, durante su periplo de décadas apartado de todo tipo de grupos. Sabía de esa falta de moral que justificaba ciertos tipos de comportamiento. Algo que solo reafirmaba su sentir sobre la humanidad. Pero una vez aceptada la ambigüedad de la moral en su vivir, quizás pensó, el escritor del libro más buscado que, quizás allá ética, quizás la ética sistémica y crítica con la moral pensó. Eso quizás era un factor que guiaba la conducta de alguna manera en los tiempos que le había tocado vivir. Sumido en ese canibalismo parasitario de lo interior y lo físico, donde ese mal organizado por grupos diversos era el *modus operandi* de nuestro tiempo. No tenía mucha esperanza sobre la ética tampoco, algo que queda muy bien en esos libros en las catacumbas del saber, más que en la práctica brillaba por su ausencia. El escritor por momentos no podía evitar pensar que esto de la ética no era algo conocido, comprendido y menos practicado por todos,

salvo esa minoría que quizás como él detestaban el statu quo de su tiempo y de esa vida que esa maldad le habían inducido a dar por perdido toda inocencia. Era imperante evadirse de semejante mundo, ya que esa maldad como un manto estelar se cernía sobre esa realidad caníbal prefabricada que solo satisfacía el creador de la misma. Sí, realidad, porque ¿qué es la realidad si no un conjunto de pautas consensuadas que nos hace diferenciar entre el bien y el mal, y si es el mal el común denominador de todas las motivaciones que subyacían en esa realidad, pues entonces el escritor pensaba que era imperante protegerse sobre algunos males? Él sabía que su libro en esa caja de Pandora sería encontrado tarde o temprano, ya que el mal era omnipresente, en todas partes a todas horas parasitaba en toda verdad.

Su única esperanza es que esto ocurriera después de que él hubiera consumado todos los recovecos de su sendero. La ética es lo que nos lleva a decir la verdad o vivir con principios verdaderos cuando todos a tu alrededor mienten para agrandar el poder de la maldad, ya que no se guardaba la palabra dada, y la ayuda al prójimo era siempre condicionada por intereses diversos. Algo que condicionaba y transformaba esas comunidades, grupos que se suponía uno tenía que vivir y formar parte. Esto era un problema en nuestro tiempo, algo que debería ser fundamental más allá de un simple conjunto de normas morales o principios abstractos. Desde los inicios de los pensares grabados en esos libros en las catacumbas del saber, se exploraba el significado de la ética en las sociedades adentrándose en sus diversas dimensiones en todos los ámbitos de la actuación en grupo. En esencia era la reflexión sobre lo que es moralmente correcto o incorrecto, justo o injusto, algo que también brillaba por su ausencia entre esos que usan la maldad para diezmar la experiencia vital de otros. El escritor pensó que quizás su vivir en solitud y contemplación no era mucho vivir quizás, pero al menos tomó su decisión de manera coherente en una realidad compleja. Una vez tomado en cuenta aspectos

como la privacidad, la responsabilidad que conlleva apartarse de esos que nutren esa maldad omnipresente. Porque es siempre en la relación con los demás y con el entorno donde nuestras elecciones nos llevan en una dirección u otra. Algo que tomado con el suficiente sentido de la ética contribuye a la equidad y la justicia social, y sobre todo mantener una dignidad con su punto de pudor, ya que de lo contrario nos convertimos en meros seres sin vida interior.

La maldad era exuberantemente rica. Vestía bien, tenía un discurso convincente, un nutrido grupo de seguidores y la capacidad de desplegar su mal en todo momento, en todos los puntos cardinales. Algo que era aplaudido, que era venerado, siempre parte de ese relato de la supuesta realidad de todos esos grupos que practicaban esa forma de relacionarse y sobre todo tratar a otros. Lo que se buscaba en esa caja que una vez ocupó ese mal que ahora es parte de esta realidad, era un libro con caparazón de tortuga como cubierta, con sangre, carne y piel entre sus páginas y en donde solo la verdad era parte de su esencia. Se preguntarán por qué lo buscaban, qué podía tener un libro para que se gastara tanto tiempo, tecnología y persistencia para encontrar los escritos de un escritor que rehúye de la humanidad. De todos esos que creen conocerlo en base a esos rumores y estigmas nacidos de ese relato de la maldad que circulaba en su entorno. Todos esos elementos eran parte del libro más buscado, esos más los cinco transcendentales elementos. Tierra, agua, fuego, aire y vacío. Fue todo eso que el escritor decidió depositar en una caja mitológica antes guardián de todos los males que azotan a la humanidad. Encontrarlo requería de una pericia absoluta, donde se debería sopesar cada palabra, cada verso, cada elemento que palpita como corazón herido entre sus páginas. Quizás era también necesario sufrir para abrirnos a otra sensibilidad, esa donde se empatiza con la condición del ser perdido en un mundo de deseos, de promesas y decepciones. Ese sufrir que nos hace sentir algo más que las

insípidas banalidades que tanto nos entretienen. El escritor no estaba seguro si era pura fábula o cuentos sin final feliz, en ella se describía un mundo en ruinas.

Similar a nuestro mundo real, o lo que se presupone real. Eran relatos cortos donde se desglosaban vidas soñadas de gentes que sueñan a otras gentes que a su vez sueñan al Gran Soñador. El sueño era esa efímera sensación de felicidad, que nadie conseguía porque éramos insaciables. Pero siempre deseábamos mucho más, el sueño era la vida feliz de otros soñadores, mientras que el Gran Soñador nos soñaba abandonados en un paraje inhóspito, que obligaba a la domesticación de esta, cuando una vez conseguido se luchaba entre otros soñadores en domesticar ese interior insaciable que buscaba sin cesar ser feliz. Todo esto entre vísceras, sangre y piel se describía en unos relatos que se antojan fantásticos, ya que todo en la distopía era fantástico. Donde la intransigencia de la realidad nos mantenía en la ruta, ya que dejarse en ese camino suponía dejarse a las pesadillas terroríficas del Gran Soñador. ¿Porque tenía caparazón de tortuga la cubierta del libro que ahora yace en la caja de Pandora, y que es como ya sabido el libro más buscado de todos? Los escritos de ese escritor furibundo y solitario que había renegado de la comunidad de iguales al cual pertenecía.

GALAXION

Aunque jamás se muda,
a tumbos, como carro de mudanzas,
va por la senda la tortuga.

Según cuenta la leyenda, tiene orígenes diversos a lo largo y ancho de la esfera que nos sustenta. Se dice que había una vez una gran tortuga «Gran A`tuin», tortuga cósmica, de enormes dimensiones, y el cual sostenía en su caparazón a un elefante sobre los cuales el mundo reposaba. Gracias a esta tortuga cósmica se pudo apuntalar el cielo para que este no cayera sobre la Tierra. Nuestro escritor que, a pesar de su soledad, se había pasado tiempo perdido en las catacumbas del saber, y llamaba a esta tortuga como «Galaxion». Según la leyenda, había una vez, en un rincón perdido del universo, una antigua tortuga cósmica llamada Galaxion. Era una criatura majestuosa cuyo caparazón resplandecía con las galaxias y estrellas que sostenía sobre su espalda. Esta tortuga cósmica no solo era la guardiana de la vastedad del cosmos, sino también la sustentadora del mundo conocido como Tierra. Era un mundo mágico lleno de maravillas y criaturas fantásticas. Flotaba en el espacio como una joya brillante, y su existencia dependía de la fuerza vital que fluía desde el caparazón de Galaxion. Los habitantes de ese mundo, seres llenos de bondad y otros llenos de maldad, junto a una abundante y diversa cantidad de seres mundanos, vivían en armonía gracias al equilibrio cósmico mantenido por la tortuga cósmica. Un día, una malévola sombra llamada Umbra, proveniente de las regiones más oscuras del cosmos, comenzó a extender su influencia sobre la Tierra. Umbra deseaba sumir el mundo en la oscuridad y apoderarse del poder de Galaxion para sus propios oscuros fines. Galaxion, sintiendo la amenaza, convocó a los guardianes cósmicos, seres celestiales que protegían la armonía del universo.

Juntos, planearon una estrategia para enfrentar a Umbra y preservar la luz que iluminaba la Tierra. La batalla entre la luz y la

oscuridad se desató en los confines del cosmos. Galaxion desplegó sus poderosas energías cósmicas, mientras que los guardianes cósmicos lanzaron hechizos brillantes para repeler a Umbra. La confrontación se extendió a lo largo y ancho, afectando los cielos estrellados y los confines del cosmos. Finalmente, después de una intensa lucha, los guardianes cósmicos lograron contener a Umbra y devolverla a las sombras de donde vino. La luz volvió a brillar en la Tierra, y la tortuga cósmica Galaxion recuperó su paz. Como agradecimiento, los habitantes de la Tierra celebraron un festival de agradecimiento, honrando a Galaxion y a los guardianes cósmicos que habían defendido su hogar. Desde ese día, la tortuga cósmica continuó sosteniendo el mundo, asegurando que la magia y la luz prevalecieran sobre la oscuridad. Y así, la historia de Galaxion y la Tierra se convirtió en una leyenda que se contaba a lo largo de las estrellas, recordándonos que, ante la maldad más absoluta, la luz y la esperanza pueden vencer a la oscuridad. Fue así como el escritor del libro más buscado decidió honrar a la tortuga cósmica, usando el caparazón de una tortuga como cubierta de su libro. Algo en lo cual no dudó un instante, una vez enfrentado al mayor de las maldades, solo el mundo que una vez existió, donde los hombres se contaban historias inspiradas en el cosmos. Tiempos cuando la ética era innata al proceder del hombre. Tiempos de verdades, antes de los cuentos, que dejaron el cosmos y la verdad para alzar la mentira a lo más alto, subyugando a los humanos a una falsa realidad.

Un mundo al borde del caos, donde se usaba a la oscuridad como cortina para ocultar las verdades del mundo, suplantándola con relatos de conveniencias. Relatos donde nadie podía discrepar, ya que entonces serían pasto de la maldad más absoluta, puesto en sistema para destruir vidas ajenas.

El libro más buscado no era un libro de éxito, ni tampoco un éxito de libro; no lo escribió para los hombres. Ocultarlo en la caja de sueños, donde una vez estuvieron todos los males de

la Tierra, era para él un intento de no compartir las visiones de la maldad que él una vez observó en esos otros con los cuales rehuía relacionarse. Lo depositó en un día gris de otoño, cuando mengua la naturaleza, y los crepúsculos abundan en el horizonte al atardecer. No lo hizo antes de pedir permiso al Gran Soñador, que lo soñaba todo, como también le soñaba a él, y que también se soñaba a sí mismo, algo que estaba solo a su alcance, ya que el resto de nosotros solo nos soñábamos los unos a los otros. La caja de sueños ese día estaba ya abierta, no se había cerrado desde que todas las maldades la abandonaron. El escritor buscó al mejor cerrajero de su entorno, y previo pago, le hizo construir la cerradura más segura de todas, una de esas digitales, que era la técnica usada en la actualidad, y pensaba que era tan segura que difícil era romper su código. A veces deseamos guardar algo tanto de otros, que nos excedemos en ofuscar tanto lo guardado como a nosotros mismos. El escritor era un hombre sencillo, que había adoptado la soledad como su fuente de inspiración, vivía una vida fértil en cuanto a la naturaleza que le rodeaba, su refugio en un bosque encantado al norte de los tiempos.

Donde los árboles susurraban secretos antiguos y las luciérnagas danzaban en la penumbra. Residía completamente en soledad, su morada era el lugar donde guardaba celosamente la caja de sueños, entre las raíces de un árbol ancestral, cuyas ramas se entrelazaban con los hilos del tiempo. Un tiempo como todo lo efímero atrapado en la memoria, donde solo el reloj del Gran Soñador podía percibir en sus múltiples dimensiones. Donde se detectan fracciones de milisegundos influenciados por el siguiente intervalo, de manera semejante a las ondulaciones gravitacionales en el vasto cosmos, donde se superpone a los existentes e intrínsecos mundos oníricos del Gran Soñador. Se podía pensar que el escritor exageraba, que la maldad que se había instalado en gran parte de su vida, y que le había impulsado a escribir el libro más buscado, no era tanto para cerrar el mundo fuera y refugiarse

en sus propias divagaciones sobre la moral y la ética, sin dejar de pensar en todo aquello en que una vez creyó. Cosas como el amor, que cuando reflexionaba, no podía evitar sonreír para sus adentros, mientras pensaba lo mucho que había cambiado, y que esos días jamás volverían. Pero era consciente también de que lo falso y lo artificial, por momentos, eran más válidos que la realidad. Con esta premisa, sabía que podía haber obrado de manera distinta, y sus amigos, así como su familia, creerían que era feliz, pero lo que no verían serían todos los recuerdos que mantienen su vida a flote. Esa memoria también parte de su libro, que ahora, el libro más buscado. Algo que para él no era prioritario, de alguna manera tenía su fe puesta en que esta, si no remediaba la maldad de este mundo, al menos sus efectos en esa caja suplantarían los designios del Gran Soñador.

Él fue quien depositó en la caja todos los males que azotan a la humanidad.

Para el escritor era mantener ese silencio absoluto que otorga la paz interior, entre cánticos, aves místicas a su vereda anunciando un nuevo amanecer en su retiro transcendental. En algún lugar del norte, sumergido en la naturaleza omnipotente, el escritor del libro más buscado practicaba la alquimia de la mente, fusionando pensamiento y meditación para así forjar su propia verdad, esa cual la maldad deseaba apagar de él. Cada pensamiento, cada anhelo, iba en busca de esa energía cósmica que otorgan conocimientos ancestrales y visión de mundos más allá de la comprensión de sus iguales. Estas eran las bases de su libro, custodiado por la pluma de un ave fénix, con destreza plasmaba palabras entrelazadas, criaturas imaginadas en un paisaje onírico similar solo al del Gran Soñador. Algo que se reflejaba en sus escritos, pulsiones de sabiduría, narrando las hazañas del que se olvida a sí mismo mientras se convierte en leyenda por tierras lejanas.

LA CARNE

El agua
por dos caudales
de agua se desliza
único bajo el cielo.

De cuando en cuando él acudía al libro y abriéndolo releía en sus páginas de carne, sangre y piel. El primer relato trataba sobre la libertad de la carne, de ese compuesto químico que una vez sólido da forma a las abstracciones más diversas jamás descritas por el Gran Soñador de lo abstracto. Pero la carne en su esencia está compuesta por un setenta por ciento de agua, como el vasto mar, donde aplicando el principio hermético, nos dice que lo que hay arriba es similar a lo de abajo, y lo de abajo similar a lo de arriba. Él sabía que el cosmos jugaba un papel en el devenir del agua, ese elemento mayoritario en la Tierra y, por tanto, también sobre los habitantes de esta que, en su mayoría, estaban compuestos del mismo elemento. La carne era el medio que nos daba una visión aproximada del sueño del Gran Soñador, donde los sentidos ejercían de transmisores de una realidad no del todo definida, más apabullante en su ínfima expresión. Una que la carne domesticaba, tomaba, y por último daba forma. Algo que hacía pensar al escritor del libro más buscado que quizás era lo único que nos hacía similares al Gran Soñador, ya que nosotros al igual que él, soñábamos mundos imaginados que luego realidad proyectadas por nuestros sentidos al entorno. Era para el escritor uno de los cinco elementos fundamentales para comprender la complejidad del sueño del Gran Soñador, al soñar este elemento como uno de los primordiales del cosmos. Tanto así que su significado era fundamental para la vida, desde microorganismos hasta organismos multicelulares complejos. El escritor comprendía cómo uno de los cinco elementos que esta tenía propiedades tanto físicas como químicas.

Elemento formado por átomos de hidrógeno y uno de oxígeno con una estructura molecular que le daba propiedades únicas.

Esta era polar con una carga positiva en un extremo y una negativa en el otro extremo, algo que le permitía formar enlaces de hidrógeno, una característica crucial para muchas funciones biológicas. Ya desde tiempos remotos el Gran Soñador había permitido al hombre soñar sobre el agua, donde nacieron leyendas de todo tipo asociados a las culturas que comprendieron que este elemento era quizás el más fundamental de entre los cinco elementos. Cuenta la leyenda que había una vez un mundo mágico donde la conexión entre los humanos y el agua iba más allá de lo imaginable. En este reino encantado, los ríos, lagos y océanos poseían una energía vital que fluía en sintonía con el corazón de cada ser humano. La historia se desarrolla en un lugar llamado «Aquaterra» situado a orillas de un río cristalino que se rumoreaba que tenía propiedades místicas. En Aquaterra, cada habitante tenía un vínculo especial con el agua desde el momento de su nacimiento. Los ancianos contaban leyendas sobre cómo, siglos atrás, un poderoso hechicero había otorgado a la tierra y a sus habitantes el don de la conexión con el elemento acuático. Desde entonces, los lazos entre humanos y agua se habían fortalecido, creando un equilibrio único en Aquaterra. Según las catacumbas del saber, la protagonista de nuestra historia es Marina, una joven intrépida con ojos del color del océano y cabello que fluía como las olas. Desde su infancia, Marina mostró una afinidad innata con el agua.

Sus padres, conscientes de la importancia de este don, la guiaron para que comprendiera y honrara la relación especial que compartía con el líquido vital. Cuenta la leyenda que fue cuando llegaron un grupo de forasteros, venían de tierras lejanas y no comprendían la importancia de la conexión con el agua. Ambiciosos y carentes de respeto por la magia de Aquaterra, empezaron a esparcir la maldad al tiempo que explotaban los recursos naturales sin comprender las consecuencias. La codicia, la avaricia, esa destructiva maldad puesta en sistema para destruir toda la magia